

**E**L «triumfalismo» que el Gobierno socialista y sus turiferarios manifiestan en el campo de la economía tenía que reflejarse también en el proyecto o programa

electoral. Dan la impresión de que hubieran cerrado una primera etapa con pleno éxito y proyectaran otra con objetivos más ambiciosos. Los tres millones de parados y los ocho millones de pobres de solemnidad dejan impasibles a nuestros animosos socialistas. La política económica que el señor Solchaga heredara del señor Boyer, y éste de la UCD, no va a experimentar cambio alguno. En Francia, donde el fracaso del socialismo no ha sido tan rotundo como en España, el pueblo ha reaccionado quitándole su apoyo. Aquí no sabemos qué pasará, dado que nuestro pueblo es emocional más que racional, al contrario que el francés.

El programa electoral del «felipismo» (no queremos ofender a los seguidores de Pablo Iglesias llamando a esto «socialismo») considera como objetivos prioritarios el *crecimiento económico* (¡obsérvese que no hablan de «desarrollo», porque éste implica cambio de estructuras!), el «salto» tecnológico y la *redistribución de la renta nacional a favor de los niveles más bajos*. Y esto sin variar la política económica del cuatrienio tenebroso. No se va a liberalizar el crédito, no se van a rebajar los impuestos (hay quien ha calificado esto de «demagógico») y los salarios irán por delante de la inflación, sin tener en cuenta la *productividad* (que hasta en la URSS se respeta).

El programa socialista más que ambiguo es incoherente; en efecto, el crecimiento económico —como saben los alumnos menos destacados de la Facultad de Economía— de-

## INCOHERENCIA EN EL PROGRAMA ECONOMICO SOCIALISTA

Por Emilio de FIGUEROA  
Catedrático de Política Económica

pende de la relación por cociente entre la *propensión media al ahorro* y la *relación capital-producto* (el conocidísimo modelo de Harrod-Domar). Para dar el «salto» tecnológico hay que elevar la «relación capital-producto», por lo que para que tenga lugar el crecimiento económico tiene que aumentar, en mayor grado, la «propensión media al ahorro». Pero esto es imposible si no aumenta la *renta disponible* rebajando los impuestos. Además, según la moderna teoría del ahorro de Duesenberry, éste decrece drásticamente cuando la renta nacional se redistribuye a favor de los perceptores con menores ingresos como pretente el programa socialista. No se dan, pues, las condiciones necesarias y suficientes para un proyecto económico coherente.

Al oponerse a una reducción de impuestos, los socialistas parecen ignorar los «efectos multiplicadores» de los mismos, que hacen posible incrementar la renta nacional y la «base imponible», lográndose así mayores ingresos públicos que antes de rebajar los impuestos. No existe, por tanto, el peligro de que se eleve con ello el «déficit» público.

Nuestras autoridades económicas han palpadado la faloria de que han vencido a la inflación, cuando lo único que ha sucedido es que se ha reducido la tasa de crecimiento de la misma, lo cual en una depresión económica duradera acabaría por producirse, aunque no hubieran hecho nada en tal sentido. La erradicación de la inflación no se ha logrado

y la política antiinflacionista seguida sólo ha tenido un «efecto piramidón», que baja la fiebre, pero no cura la enfermedad que la ocasiona.

Otra victoria pírrica del socialismo en el Poder ha sido la de la balanza de pagos. Con una depreciación constante de la peseta y con un empeoramiento de la «relación real de intercambio» era natural que mejorara la situación de nuestra balanza exterior, pero *¡a qué precio!* Para que el lector no versado en economía lo entienda, diremos que ahora tenemos que exportar más tomates, plátanos, naranjas y aceite de oliva que antes para importar lo mismo del extranjero. Que los turistas de fuera pueden disfrutar más tiempo y en mejores hoteles que antes gastando menos divisas y que los magnates árabes del petróleo pueden comprar ahora más chalés y terrenos en Málaga y Mallorca gastando menos dólares. En vez de hablar de la entrada de España en Europa, sería más correcto decir que esta última ha entrado a saco en nuestra querida patria.

Tal vez estemos en camino de convertirnos en el Puerto Rico o Las Vegas de Europa, donde vengan a descansar y a divertirse las clases adineradas del Viejo Continente y del Próximo Oriente, si el Gobierno socialista logra erradicar la inseguridad ciudadana, el terrorismo y la pobreza masiva.

Al PSOE, si ganara las próximas elecciones, se le brindaría una segunda oportunidad en su historia; pero, a la vista de su programa económico electoral, no parece probable que la aproveche.

Si todo sigue como hasta ahora, el pueblo acabará preguntándose: ¿socialismo, para qué?